

Marxismo y sociedad andina: derrotero de un malentendido

Alberto Flores Galindo

EN LA época de José Carlos Mariátegui era escaso, fragmentario e inseguro el conocimiento sobre las sociedades prehispánicas⁽¹⁾.

Sin embargo Mariátegui consideró imprescindible ocuparse del tema, entre otras ocasiones, al inicio de los 7 Ensayos y en el informe presentado por la delegación peruana a la primera conferencia comunista de Buenos Aires (1929). Cincuenta años después, los comentaristas y críticos de Mariátegui parecen coincidir en considerar esos aportes como uno de los aspectos más débiles de toda su obra, producto tal vez de la falta de información (según los más benévolo), el apresuramiento o el afán de ordenar el pasado peruano en función de ciertas exigencias políticas. La imagen de la sociedad incaica definida como "comunismo agrario" fue desechada en nombre del "esclavismo" el "feudalismo" o el "comunismo primitivo", clasificaciones más acordes con la imagen oficial del marxismo (por lo menos hasta los años 60) sobre la

evolución humana. El "comunismo agrario" tenía como desventaja adicional aparecer como una visión peligrosamente heterodoxa que, según algunos, podría explicarse por el propósito mariateguiano de conseguir la simpatía de los intelectuales indigenistas, o por un contagio sentimental de esa reiterada invocación campesina de la vuelta al Tawantinsuyo.

¿Por qué el interés de Mariátegui por el Imperio Incaico? Antes de responder a la pregunta conviene recordar que para Mariátegui el estudio del pasado sólo se justificaba y explicaba en función del conocimiento del presente. Este conocimiento del presente se inscribía a su vez al interior del proyecto de construcción del socialismo. El socialismo estaba llamado a transformar a la totalidad del Perú. Por eso saber quiénes harían la revolución, qué camino asumiría la construcción del socialismo, exigía compenetrarse con la historia más reciente y más remota, del país. Este conocimiento era más necesario si se tenía en

cuenta la necesidad de resolver un problema bastante complicado: ¿cómo construir el socialismo en un país donde la clase obrera recién surgía, era joven y minoritaria y donde por el contrario las grandes masas habitaban las áreas rurales y eran campesinas? El socialismo sería posible sólo si se podía contar con la acción de los campesinos. Pero, en una sociedad atrasada como la peruana ¿era posible acaso que esos campesinos contribuyeran y se interesaran en el socialismo?

Los estudios sobre las comunidades indígenas de su época⁽²⁾ le permiten a Mariátegui observar que si bien la conquista había interrumpido y variado el proceso histórico peruano, no había conseguido destruir completamente ciertos rasgos colectivistas que supérstites en las comunidades contemporáneas sólo podrían explicarse como una tradición heredada y mantenida desde los tiempos anteriores a la conquista. La comunidad lo condujo, de esta manera, al estudio del incanato.

Al observar —con los instrumentos limitados que señalamos— la sociedad incaica, Mariátegui constató el funcionamiento de una economía agraria, sin moneda, sin comercio, sin propiedad privada pero con excedentes. Sobre estas bases se erigía la paradoja de un conjunto de comunidades relativamente autosubsistentes, los ayllus, frente a un Estado necesario

para explicar la expansión imperial. No era evidentemente una sociedad comunista primitiva. Tampoco podía asimilarse anacrónicamente al moderno comunismo industrial. Esclavismo y feudalismo resultaban categorías igualmente inadecuadas. Fue entonces que Mariátegui pensó en una especie de prolongación sui-géneris del comunismo originario, en lo que llamó “comunismo agrario”. En el análisis mariateguiano, este “comunismo agrario” —como observó Robert Paris— se prolonga en el presente, a pesar de la conquista, del colonialismo y de la república criolla, en las comunidades, ofreciendo una base original para el desarrollo del moderno colectivismo en el campo⁽³⁾. La peculiar estructura agraria peruana —en comparación con el campo europeo— exigía la construcción de un partido obrero y campesino y planteaba la búsqueda de un camino socialista diferente al que se podía seguir en Alemania o Italia. Por otro lado, esa persistencia del “comunismo agrario” mostraba que el socialismo, lejos de ser una concepción europea o extraña al país, podía ser el instrumento para recuperar la verdadera tradición histórica peruana. Mariátegui criticó, como absurdo e imposible, el propósito de muchos indigenistas que en el estilo de Valcárcel esperaban volver al Tawantinsuyo. La historia, para bien o mal, tiene

una dimensión irreversible. Pero, esa crítica no le impedía admitir la necesidad de incorporar al proyecto socialista esa experiencia campesina conservada en las comunidades. De esta manera socialismo e historia peruana confluirían sin derivar en utopías. Obreros y campesinos tenían un proyecto común.

Pero la conclusión más importante que se deriva del "comunismo agrario" es la ruptura con la imagen eurocentrista de la historia, con esa concepción de una sola historia universal, igual para todos los países, sustento para la difusión de ese esquema clásico que partiendo del comunismo primitivo, seguía por el esclavismo, desembocaba en el feudalismo, llegaba al capitalismo y mostraba para consuelo y seguridad de todos, que el socialismo estaba siempre esperando al final del camino, que era tan seguro como ineludible. Mariátegui, cuando piensa en el "comunismo agrario" sencillamente rompe con esta concepción.

La ruptura se explica porque al sostener que en pleno siglo XVI la economía incaica se regía por reglas asimilables al "comunismo agrario", se estaba sosteniendo que aquí no había ocurrido una etapa esclavista como en Grecia y Roma y, además, mientras en Europa el feudalismo se encontraba en pleno apogeo, en América las relaciones de producción eran completamente diferentes. Desde sus orígenes la

historia andina no era asimilable a la historia europea. Mariátegui rescataba de esta manera la especificidad de nuestro pasado.

José Carlos Mariátegui era consciente de las posibles derivaciones que acarrea el concepto de "comunismo agrario". Por eso criticó duramente a algunos arqueólogos ecuatorianos, que con el propósito de asemejar la historia andina a la historia europea, creía encontrar elementos de feudalismo en las postrimerías del Imperio Incaico. Su reafirmación en el "comunismo agrario" se explica porque además de encontrar respaldo para esa concepción en los análisis de Luis E. Valcárcel, Louis Baudin o Heinrich Cunow, la historia le permitía sostener que así como en el pasado el área andina se había desarrollado autónomamente, en el presente debíamos encontrar un camino propio y diferente al socialismo que no pasaba necesariamente por la construcción de una economía capitalista al estilo de Europa o Estados Unidos. En el informe de 1929 afirma coherentemente esta tesis: "El VI Congreso de la I.C. ha señalado una vez más la posibilidad, para pueblos de economía rudimentaria, de iniciar directamente una organización económica colectiva, sin sufrir la larga evolución por la que han pasado otros pueblos. Nosotros creemos que entre las poblaciones "atrasadas", ninguna

como la población indígena incásica, reúne las condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en estructuras concretas y en un hondo espíritu colectivista, se transforme, bajo la hegemonía de la clase proletaria en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista”(4). (Aunque en esta cita habla de “comunismo primitivo”, el término que él usó con más frecuencia y propiedad fue el de “comunismo agrario”). De esta manera el estudio sobre la sociedad incaica no era anecdótico o secundario en la obra de Mariátegui, sino por el contrario uno de esos temas que aunque escasamente tratado, constituía un pilar fundamental en la construcción de su imagen del socialismo peruano, en la afanosa búsqueda de un camino autónomo y propio hacia el socialismo.

Mariátegui también fue consciente de la insuficiencia de sus conocimientos sobre la sociedad andina prehispánica. Por eso, en 1925, con ocasión de comentar el libro de Valcárcel *Del ayllu al imperio*, reclamó la necesidad de una “teoría” de la sociedad incaica, en la que, distanciándose de la historia,

anecdótica preocupada por los acontecimientos y las biografías, se ensayara una comprensión total de la vida andina.

La propuesta de Mariátegui significaba la confluencia entre la historia andina y el marxismo, la elaboración de una historiografía adecuada a nuestras circunstancias. Lamentablemente la propuesta no tuvo continuadores. En los años 30 y 40 Mariátegui, precisamente por sus concepciones en torno al incario, sería acusado de “populista”, es decir, de haberse alejado de Marx y —con un razonamiento donde primaba el burocratismo y el dogma— se buscó dar marcha atrás en los avances conseguidos, para mostrar cómo la historia andina era una repetición, con ciertas variantes, de la evolución única y lineal que debió seguir la historia universal(5). Se marchó así al descubrimiento del “esclavismo”, del “comunismo primitivo” o del “feudalismo”. La tediosa tarea de confirmar las “leyes generales” reemplazó a la búsqueda de nuestra especificidad. Marxismo e historia andina se separaron en un malentendido que persiste todavía hoy.

NOTAS

- (1) En la década de 1920 Julio C. Tello apenas iniciaba sus descubrimientos en Chavín de Huantar, inaugurando la arqueología peruana; Riva Agüero emprendía con el Inca Garcilaso el análisis crítico de los cronistas, que sólo sería culminado años después con Raúl Porras y recientemente Carlos Aranibar; Luis E. Valcárcel publicó en 1925 sus primeras investigaciones, sentimentales e intuitivas, bajo el título *Del ayllu al Imperio*; el año 1928, Louis Baudin publica en París *L'Empire Socialiste des Incas* y al año siguiente se traducen las primeras monografías de Cunow. Para entonces ya Hermann Trinborn había publicado un importante artículo en *Anthropos*, (1928), pero de imposible acceso en Lima. La lectura de Garcilaso estaba, como siempre, muy difundida. A propósito de este cronista, Mariátegui y Riva Agüero habían tenido un conato de polémica.
- (2) Pensamos en los estudios de Castro Pozo, Valcárcel y otros.
- (3) Robert Paris, "José Carlos Mariátegui et le modèle du 'comunisme inca'" en *Annales*, 21 année, No. 5, sep.-oct. 1966, pp. 1065-1072.
- (4) José Carlos Mariátegui, *Ideología y Política*, Lima, 1967, p. 68.
- (5) Sobre este tema ver las reflexiones de José Aricó en la introducción a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, 1978. "Hay que tener en cuenta, además, que en las décadas del 30 y del 40 la acusación de "populista" no era pequeña cosa en el universo comunista. Después de "trotskista" era sin duda la acusación más infamante" (pp. xxxv-xxxvi).